www.elboomeran.com

«(...) Egoísta, irritable, narcisista, engreído, polémico, ambicioso, resentido, soberbio, cruel, arrogante, desagradecido... y brillante.»

(...) *Pretextos*

www.elboomeran.com

«“No aspiro a cambiar el mundo, pero me gustaría hacer algo (...) El hombre que informa no es el hombre que actúa y del que se informa. Y además...”.»

PÁG 184

«“(...) Aquí se pueden cometer la mayores injusticias sin que se enteren en Inglaterra. (...) Las fuerzas del orden, claro está, se compone de la escoria de la noble nación negrata. Y hay que ver lo bestias y matones que llegan a ser. A mí que no me vuelvan a hablar de Sudáfrica y de los estados del sur. Preferiría cien veces ser dirigido desde Londres, como en los viejos tiempos, que estar en manos de esta gente”.»

PÁG 252

www.elboomeran.com

«“Me gusta el lujo. Me acostumbré rápidamente a él y tiendo a considerar que me lo merezco. Desde ese punto de vista, a los malditos africanos de Kenia y Sudáfrica que los zurzan. Como tú dices, es muy fácil dárselas de humanitario, de socialista y de liberal”.»

PÁG 185

«Vidia concentró su veneno en “los revolucionarios que viajan al epicentro de la revolución con billete de ida y vuelta, los hippies, la gente que quisiera vivir en sociedades mas frágiles que la suya, toda esa gente que, a fin de cuentas, no hace más que celebrar su propia seguridad”.»

PÁG 457

www.elboomeran.com

«“Yo creo que el Islam (...) mira al mismo tiempo hacia delante y hacia atrás (...) ¿Acaso este movimiento anti-intelectual no está condenando a estos países a una dependencia permanente en la tecnología y la ciencia de Occidente? En ese caso, la independencia llevará a la dependencia”.»

PÁG 561

www.elboomeran.com

«“Es importante no confiar demasiado en las personas. La amistad se puede volver en tu contra de la manera más tonta, y no hay que exponerse a que suceda algo así. No impongas a nadie tu confianza, pues la confianza es una pesada carga. La amistad nunca ha sido algo importante para mí”.»

PÁG 93

«“*Haz constar que soy un estudiante de Oxford*, no un negro que ha ido a Londres a hacer el gilipollas. No subestimes el esnobismo”.»

PÁG 146

www.elboomeran.com

«(...) Dije entonces que la misión del biógrafo no era sacar conclusiones, sino exponer al sujeto escogido a los ojos tranquilos del lector con claridad meridiana.»

PAG 15

www.elboomeran.com

«“¿Qué es más importante la campaña de Oxfam al rescate de famélicos niños negros, o el informe aparecido en el *Times* según el cual es virtualmente imposible colocar a un crío de sangre africana en un hogar de adopción inglés?”.»

PAG 344

«“Buscaba de manera apasionada la plenitud sexual, no pensaba en otra cosa, y cuando llegó fue maravillosa y nunca se agotará. (...) Mis libros dejaron de serlo después de Margaret, lo cual constituyó una gran liberación... Ya no faltaba nada. El mundo se me había completado”.»

PAG 447

«“Ser de las colonias resulta ridículo... pero ser un indio de Trinidad consiste en ser inverosímil y exótico. Y también ligeramente fraudulento”.»

PÁG 39

«“Era un tipo muy anodino que había venido a África a enseñar a los negros. Se me enganchó, me dio la tabarra y no dejó de enviarme cartas y más cartas (....) Los viajes se han convertido en un asunto plebeyo y cotidiano, se han convertido en la aventura de las clases bajas, y por eso se escriben libros para viajeros de clase baja. Creo que Theroux pertenecía a esta categoría: escribía libros turísticos para las clase bajas”.»

PÁG 511

www.elboomeran.com

«De toda la gente con la que hablado en este libro, él ha sido el más sincero. Consideraba que una biografía que no fuera de una claridad desarmante resultaría inútil.»

Pág 14

www.elboomeran.com

El mundo es así

Duomo ediciones perímetro

www.elboomeran.com

El mundo es así

Patrick French

Traducción de Ramón de España

Barcelona 2009 **Duomo ediciones**

www.elboomeran.com

Título original: *The World Is What It Is*

Copyright © Patrick French, 2008
All rights reserved

© por la traducción, Ramón de España, 2009

Primera edición en esta colección septiembre 2009

© Duomo ediciones, SL
Calle La Torre, 28 Bajos 1ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

DEPÓSITO LEGAL: B.32.059-2009
ISBN: 978-84-92723-04-1

Diseño de interior: Agustí Estruga

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca 1. 08014 Barcelona (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta s.p.a. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italia – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

www.elboomeran.com

Sumario

Introducción | 7

Primera Parte

CAPÍTULO 1. El Nuevo Mundo | 21

CAPÍTULO 2. En la Casa del León | 37

CAPÍTULO 3. «Como Oliver Twist en el taller» | 58

CAPÍTULO 4. A la madre patria | 83

CAPÍTULO 5. «De portu hispaniensi in trinitatis insula» | 110

CAPÍTULO 6. «Te amo, querida Pat» | 143

CAPÍTULO 7. A la casa vacía | 167

CAPÍTULO 8. «Quieren ponerme en mi sitio» | 192

CAPÍTULO 9. «Algo tan sabroso como el chocolate» | 213

CAPÍTULO 10. Regreso al Nuevo Mundo | 241

CAPÍTULO 11. «¡¡Ha pedido diez guineas!!» | 265

CAPÍTULO 12. «No había ningún comentario amable» | 284

www.elboomeran.com

Segunda parte

CAPÍTULO 13. Regreso al hogar | 313

CAPÍTULO 14. «Adorable el *Vogue*, me lo acabo de comprar» | 337

CAPÍTULO 15. El método Schintsky | 367

CAPÍTULO 16. El mundo | 394

CAPÍTULO 17. «Con la ayuda de un alfanje» | 429

CAPÍTULO 18. Margarita | 443

CAPÍTULO 19. Inglaterra y Argentina | 468

CAPÍTULO 20. El matrimonio de Mandrax y Valium | 495

CAPÍTULO 21. «Quiero ganar y ganar y ganar» | 520

CAPÍTULO 22. Una casa para el señor Naipaul | 552

CAPÍTULO 23. «Corrigiendo mi puntuación» | 593

CAPÍTULO 24. En pie, *sir* Vidia | 627

CAPÍTULO 25. La segunda *lady* Naipaul | 663

Agradecimientos | 701

Notas | 705

Índice | 767

www.elboomeran.com

Introducción

CUANDO V. S. NAIPAUL ganó el premio Nobel de literatura en 2001, cada país reaccionó a su manera. El presidente de la República de Trinidad y Tobago envió una carta de felicitación en papel de alto gramaje; un periódico iraní acusó al escritor de esparcir veneno y odio; el presidente del Gobierno español le invitó a visitar su país; los políticos indios le enviaron cartas aduladoras, el presidente le trataba de «Lord V. S. Naipaul» y la superestrella de Bollywood Amitabh Bachchan le mandó un fax de enhorabuena desde Los Ángeles; el *New York Times* publicó un editorial en elogio de «una voz independiente, escéptica y perspicaz»; el ministro británico de Cultura, Deportes y Medios de Comunicación envió una carta tardía e insulsa, escrita en papel para fotocopias, y el programa de la BBC *Newsnight* se centró en la figura de Inayat Bunglawala, del Consejo Musulmán de Gran Bretaña, quien consideraba el galardón «una muestra de cinismo para humillar a los musulmanes».[1] En ese momento de la historia británica, cuando lo inmediato y lo sensacionalista imperaban y la fama se estaba convirtiendo en algo más importante que los logros que conducían a ella, el medio siglo de trabajo literario de Naipaul parecía algo secundario en comparación con su reputación de persona ofensiva.

«Mi entorno es, al mismo tiempo, tremendamente sencillo y tremendamente confuso», sugirió el autor en su discurso de aceptación del Nobel.[2] Cuando la esclavitud fue abolida en todo el imperio británico, las plantaciones de azúcar siguieron necesitando mano

 www.elboomeran.com

de obra, y en la India, sus paupérrimos antepasados fueron enviados al Caribe como trabajadores contratados; seguía tratándose de esclavitud, pero con otro nombre: era una esclavitud con fecha de caducidad. Vidia Naipaul, nacido entre la pobreza rural de la Trinidad colonial en 1932, superaría esta condición tan poco halagüeña hasta convertirse en uno de los mejores escritores del siglo XX. Este logro no implica que toda su producción sea buena, ni que su conducta haya sido ejemplar, sino más bien que la suma de todo lo conseguido ha superado a la de sus contemporáneos y alterado la manera en que escritores y lectores percibían el mundo. Utilizando frases sencillas, Naipaul abordaría complejos temas modernos: el extremismo, la emigración global, la identidad política y religiosa, las diferencias étnicas, la implosión de África, el resurgir de Asia y el replanteamiento de la vieja administración europea en las postrimerías del imperio. Su logro fue un acto de voluntad en el que cada situación y cada relación se vería subordinada a su ambición. Su postura pública como novelista y cronista fue inflexible en una época de relativismo intelectual: Naipaul defendía la más elevada civilización, los derechos individuales y el imperio de la ley.

No era ésta una postura inusual en alguien de su entorno, pero en Europa, a principios del siglo XXI, devino extraordinaria, gracias en parte a la tendencia de Naipaul de caricaturizarse a sí mismo en público, lejos de sus libros. Dijo, o dijeron que dijo, que África carecía de futuro, que el islam era una calamidad, que Francia era un país fraudulento y que los entrevistadores eran unos monos. Si Zadie Smith, famosa por *Dientes blancos* –optimista y presentable–, era el sueño de cualquier liberal blanco, V. S. Naipaul era la pesadilla. En vez de celebrar el multiculturalismo, lo rebautizó como «multiculti», hizo chistes malévolos sobre personas que tenían la piel más oscura que la suya, culpó a naciones antaño oprimidas de sus permanentes fracasos y acusó al primer ministro Tony Blair de ser un pirata que trataba de imponer en Inglaterra una cultura plebeya. Los únicos negros con los que se trataba eran Conrad y Barbara.

 www.elboomeran.com

Que un escritor inmigrante de éxito adoptara semejante postura fue visto como un tipo peculiar de traición, la traición de lo que debería ser un genio puramente literario. El crítico Terry Eagleton se quejaba de que lo de Naipaul era «arte excelso, política lamentable», mientras que el poeta *reggae* Linton Kwesi Johnson llegó a decir: «Es la prueba viviente de que el arte trasciende al artista, pues el hombre no dice más que chorradas, pero sigue escribiendo unos libros excelentes».[3] Las indignantes acusaciones de Naipaul eran menos interesantes que el trabajo que las precedía. Puede establecerse aquí un paralelismo con Albert Einstein, cuando éste se dedicaba a hablar del socialismo en vez de concentrarse en la ciencia; o con Alexander Solzhenitsyn, quien señalaba los crímenes del comunismo soviético cuando las personas serias hacían todo lo posible por ignorarlos, pero que en la edad provecta la tomó con males tan difusos como el consumismo. Solzhenitsyn comentó en cierta ocasión: «En Occidente, uno debe adoptar un tono de voz suave, calmado y cabal; uno debería ser capaz de dudar de sí mismo, sugerir que, por supuesto, puede estar completamente equivocado. Pero yo no tenía tiempo para dedicarme a eso».[4]

Al principio, Naipaul se mostró remiso a atender la llamada de Estocolmo, pues se estaba lavando los dientes. Cuando el secretario del jurado del Nobel consiguió que se pusiera al teléfono, le comentó: «Supongo que no va a hacer de Sartre y rechazar el premio, ¿verdad?». Naipaul aceptó y declaró que el Nobel era «un gran homenaje, tanto para Inglaterra, mi hogar, como para la India, la tierra de mis antepasados». Ni una palabra sobre Trinidad. Preguntado por el motivo de esa ausencia, dijo que podría «ser un estorbo para el premio», lo cual llevó al escritor de Barbados George Lamming, un viejo rival, a sugerir que Naipaul «se dedicaba a chinchar», refiriéndose a que le divertía armar follón porque sí, siendo éste un rasgo típico de los habitantes de Trinidad. Yo mismo pude observar que cuando se mostraba grosero o provocador de esa manera, Naipaul parecía lleno de júbilo. Crear tensión, insultar a los ami-

 www.elboomeran.com

gos, a la familia o a comunidades enteras le ponía de un humor excelente. El hombre podía, sin ir más lejos, partir de una fotografía en el *Daily Mail* para acusar a la nieta de la reina Isabel, Zara Phillips, de tener «cara de criminal»; o decir que la hija de un amigo «era una gorda que hacía lo que siempre hacen las gordas, casarse con un zulú»; o acusar a un periodista de «hacer cosas reprobables, como mezclarse con bengalíes... y demás delincuentes».[5] Posteriormente, tras visitar Trinidad me di cuenta de que este tipo de conversación no era extraño en el Caribe. Se trataba de lo que los de Trinidad denominan *picong*, del francés *piquant*, un habla sarcástica o hiriente en la que la frontera entre el buen y el mal gusto es deliberadamente difusa y a la que no le importa lo más mínimo la reacción del oyente.

Hacia esa época me pidieron que escribiera la biografía de V. S. Naipaul. Tuve mis dudas. Estaba terminando otro libro y fui consciente de que se trataría de un proyecto enorme y potencialmente complicado, puede que la última biografía literaria redactada a partir de un completo archivo de papel. Sus cuadernos, cartas, manuscritos, informes financieros, grabaciones, recortes de prensa y diarios (así como los de su primera esposa, Pat, que él nunca leyó) habían sido vendidos en 1993 a la Universidad de Tulsa, en Oklahoma, un lugar conocido por sus huracanes y por los más graves disturbios raciales de la historia de Norteamérica.[6] El archivo contaba con más de 50.000 documentos. Le dije a V. S. Naipaul que sólo me apetecería escribir su biografía si podía usar el material de Tulsa vedado a la inspección pública y citarlo cuando me pareciese oportuno. Necesitaría entrevistarle a fondo. Mi intención era terminar la biografía en 1996, cuando él cumpliese los sesenta y cinco, a los pocos meses de la muerte de Pat, en vez de exponerle a la inevitable distorsión de una mirada demasiado cercana al presente. Se hizo el silencio. Unos meses después llegó una carta de aceptación, escrita sin mucho entusiasmo con tinta violeta y con unos movimientos de la mano francamente rápidos y convulsos. Durante

 www.elboomeran.com

los cinco años posteriores a esa misiva, Naipaul cumplió escrupulosamente el acuerdo: no recibí de él ni directivas ni restricciones. Tuvo la oportunidad de leer el manuscrito terminado, pero no exigió cambio alguno. Cuando estaba en Tulsa, en 1994, Naipaul dijo en un discurso: «La vida de los escritores es un tema legítimo de investigación, y la verdad no debería ocultarse. De hecho, es muy posible que el relato completo de la vida de un escritor acabe siendo una obra más literaria y reveladora –de un momento cultural o histórico– que los propios libros del escritor en cuestión».[7]

Yo había coincidido algunas veces con Naipaul antes de eso, una vez en Inglaterra y, posteriormente, en Delhi, mientras escribía un artículo para la revista *The New Yorker.* Tarun Tejpal, un amigo que trabajaba como periodista, me llamó por teléfono y me invitó a una rueda de prensa, añadiendo que me recogería en mi hotel al cabo de diez minutos. Su coche, que resultaba algo cutre en comparación con las elegantes limusinas del hotel, apareció bajo una columnata. Me subí a la parte de atrás y me di cuenta de que me acababa de sentar junto a *sir* Vidia Naipaul. A pesar del calor llevaba varias capas de ropa y una chaqueta de *tweed.* En el regazo, con todo cariño, reposaba un sombrero. El jersey de cuello alto confluía con su barba, redondeando la impresión de que estaba cubierto por completo. Nadira, la segunda *lady* Naipaul, iba sentada delante, junto a Tarun. Me preguntó por el artículo que estaba escribiendo y yo le mencioné algunos problemillas que estaba teniendo con los famosos comprobadores de datos de la revista. «No se preocupe por el *New Yorker* –me dijo Naipaul, pronunciando cada sílaba de cada palabra con su voz modulada, a medio camino entre el inglés de la India occidental y el que utiliza la reina–. El *New Yorker* no sabe nada de literatura. Nada. Publicar ahí un artículo es como echar una carta en un buzón de Venezuela: nadie lo va a leer.» Hizo una pausa y continuó: «Estábamos hablando del funeral de la princesa Diana». La princesa había muerto unos meses atrás. «¿A usted qué le pareció?»

 www.elboomeran.com

Por todo lo que sabía de Naipaul supuse que detestaría el sentimentalismo en torno a la princesa muerta y que la consideraría otra Evita Perón. Me observaba a través de unos ojos entornados con una sonrisa que pretendía ser benévola: «hacerse el muerto para pillar a un cuervo vivo», como dicen los caribeños. A esas alturas estábamos atrapados en un atasco y sólo se oían bocinazos. Yo sufría de *jet lag* y me dio por ser honrado.

–Me conmovió. Me gustó ver a los británicos expresando sus emociones en público.

Silencio.

–¡Ah! –dijo en un tono de decepción mientras se le oscurecía el semblante– Patrick, Patrick, Patrick...

Tarun, nervioso, me miró por el retrovisor.

–Bueno... ¿Y a usted qué le pareció? –pregunté.

Ponderó la pregunta antes de responderla.

–Me llenó de vergüenza... de vergüenza y de desagrado. Ese tipo de desagrado que se experimenta después de visitar a una prostituta, no sé si me entiende. Había un hombre cantando, el señor John (más tarde caí en la cuenta de que se refería a Elton John). Tuve que atravesar los jardines de Kensington antes del funeral, para llegar a mi apartamento. Vi las flores que le habían dejado, envueltas en plástico, pudriéndose al sol. Vi altares. Y en los altares había negros gimoteando sin recato. ¿Por qué lloraban? ¿Por qué? ¿Por qué lloraban?

Estaba casi gritando. Tarun intentaba no echarse a reír. Nadira parecía entretenida y exasperada al mismo tiempo. Se dio la vuelta y agarró del brazo a su marido.

–Ya está bien.

Le habló como si fuera un niño travieso y ella su madre.

Se trataba, como pude ver, de la típica actuación naipauliana: escandalosa, divertida, imposible.

Si reniegas de la tierra que te formó, como Naipaul empezó a hacer de manera activa en la treintena, acabas siendo definido por

 www.elboomeran.com

ese rechazo. Te aporta una lucha. «¿Usted nació en Trinidad?», le preguntó Bernard Levin en 1983, durante una entrevista. «Nací allí, sí –respondió el escritor–, pero creo que fue un gran error.»[8] El rechazo de Naipaul a su patria se convirtió en parte de su personaje público, un personaje inventado para llevar a cabo su ambición primigenia de huir de la periferia en busca del centro, de abandonar a los carentes de poder por los poderosos y convertirse en un gran escritor. A veces me lo imaginaba como un hombre que corre por la playa con la marea creciente a sus pies, consiguiendo mantenerse a un paso del agua. Para convertirse en aquello que quería ser tenía también que convertirse en otro. No podía quedarse en un nivel regional. Su ambición iba unida al miedo, como suele sucederle a todo autor o artista creativo: miedo de no ser capaz de escribir, miedo a la desaparición, miedo a una crisis física o mental, miedo a que la gente fuera a por él, miedo a ser derrotado, miedo a no ser reconocido, miedo a ser descubierto. Constantemente tenía que recrearse o enmascararse, deshaciéndose de su pasado, para convertirse en el observador global superintuitivo y carente de patria capaz, como dijo en cierta ocasión un crítico literario, de mirar al ojo enloquecido de la Historia sin parpadear. Esto tuvo consecuencias psicológicas. En 1971 le explicó a un entrevistador que se había prometido de muy joven que nunca trabajaría para nadie. «Eso me ha otorgado la libertad con respecto a la gente, a las alianzas, a las rivalidades, a la competición. No tengo enemigos, ni rivales ni maestros. No le temo a nadie.»[9] Todo el mundo tiene alianzas y rivalidades. Naipaul las iba a tener a granel durante los años setenta: su intento por evitarlas y convertirse únicamente en "el escritor" no era más que un acto de rechazo preventivo surgido del miedo y la ansiedad.

Sus intentos de separarse de las consecuencias de su propia conducta –presentándose no como una persona, sino tan solo como "el escritor", figura que, en teoría, podía ser estudiada de manera objetiva– fueron lo que hizo posible esta biografía. Enfrentarse a los demás, siguiendo su visión única, convencido aparentemente de

 www.elboomeran.com

que su vocación literaria era noble y hereditaria, resultó fundamental para la idea que tenía de sí mismo. Puede que empezara como una pose, pero acabó siendo una máscara incrustada en el rostro. Me dijo en cierta ocasión: «No me interesaba, y sigue sin afectarme en lo más mínimo, lo que la gente pensara de mí, pues yo sólo estaba al servicio de esa cosa llamada literatura».[10] Este comentario era, en cierta medida, sincero. A un nivel intelectual, Naipaul creía que la verdad no debía esquivarse en una biografía, aunque desde un punto de vista personal se viera obligado a protegerse. Incluso al hablar con franqueza de asuntos intensamente personales, siempre llevaba un escudo de autoprotección. Durante esas entrevistas, sus respuestas oscilaban entre declaraciones de absoluta vehemencia y una fragilidad emocional a la defensiva. De toda la gente con la que he hablado para este libro, él ha sido el más sincero. Consideraba que una biografía que no fuera de una claridad desarmante resultaría inútil, y su voluntad de permitir la publicación de un libro semejante mientras aún estaba vivo ha sido, al mismo tiempo, un acto de narcisismo y de humildad.

En Trinidad, V. S. Naipaul parecía ser admirado como alguien que había salido adelante, alguien que se había adueñado del mundo exterior a su manera, triunfando en el empeño. Pero esto no debe sugerir que la admiración hacia él en el Caribe fuese absoluta. Un hombre me lo describió como «un cantante de calipsos fracasado»; una mujer de un centro de negocios amenazó con agredirme cuando le dije que estaba escribiendo sobre él; Anthony Petit, que se describía a sí mismo como «un aspirante a autor y líder del grupo de los *Triniescritores*», envió una carta al *Trinidad Guardian* en 2003 diciendo que el ganador del premio Nobel no merecía el menor respeto de sus compatriotas porque «cualquiera puede escribir como Naipaul». Petit pensaba de esta manera porque «ese ciudadano modelo reniega de sus orígenes mientras los utiliza para progresar y medrar, lo que nos lleva a entristecernos y a mirar hacia otro lado en busca de solaz e inspiración».[11]

 www.elboomeran.com

Pese a ésta y otras trifulcas acaecidas a lo largo de varias décadas, el triunfo de Naipaul constituía una fuente de orgullo patrio. En Toco, en un hotel junto al mar, un par de cantantes de calipso de Puerto España cantaban canciones rápidas y divertidas con la ayuda de una guitarrita para entretener a los turistas. Le pregunté a uno de ellos, Keith Eugene Davis, cómo se lo hacían para mantener el material al día.

–¿Le apetece un roncito?

Capté la indirecta y le invité a una copa.

–Le diré cómo. Leyendo los periódicos.

–¿Ha oído hablar de un escritor llamado V. S. Naipaul? –pregunté.

–Pues claro, tío.

–¿Puede hacer una canción sobre él?

Se hizo rápidamente con la guitarra y se puso a improvisar:

Desde que sale hasta que se pone el sol
la gente habla de V. S. Naipaul,
pero es muy triste tener que explicar
que el hombre ya no vive en Trinidad.
No me voy a ir por las ramas,
pues es un escritor de mucha fama.
Desde un punto de vista personal,
lo encuentro de lo más internacional.
Ha estado muy bien que a él
le hayan dado el premio Nobel.[12]

A lo largo del libro, el lector encontrará citas de mis entrevistas con V. S. Naipaul. Cuando sus declaraciones resultan autoaduladoras o excéntricas, he acostumbrado a dejarlas tal cual, suponiendo que el lector será capaz de emitir su propio juicio al respecto. Esas conversaciones, realizadas de manera ocasional en su casa de campo de Wiltshire a lo largo de varios años, constituyeron la experiencia

 www.elboomeran.com

más extraña de mi vida profesional. Naipaul podía mostrarse airado, agudo, sincero, autocompasivo, divertido, sarcástico, lloriqueante..., pero siempre resultaba intenso. Yo acostumbraba a no contradecirlo y prefería dejarle hablar. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que me arriesgaba a ser tomado por el liberal de la casa, papel que no me apetecía interpretar. De este modo descubrí que una discusión con Naipaul acababa llevando a un endurecimiento estéril de su postura o a generalizaciones sin interés, lo cual era en sí mismo una forma de juego o manipulación. He conservado las repeticiones de su conversación, lo que se ha dado en llamar los "bises" de Naipaul –término extraído de la música y de los modernos protocolos– para indicar una insistencia en algo. No es fácil describir el efecto de este tic verbal. Se ha convertido en parte de su discurso y puede resultar emotivo y cómico –esa voz resonante, la certeza con la que se expresa– hasta que se le lleva la contraria. Recuerdo una cena formal, tras una conferencia, en la que a Naipaul le sirvieron un plato de algo que parecía ser carne (se trataba de endivias al horno, escondidas bajo una costra de queso fundido), y en la que, mientras el camarero intentaba ponérselo delante, dijo: «Esto *no* es mi comida. Esto no es *mi* comida. *Esto* no es mi comida». Cada vez decía lo mismo, pero cambiaba el tono de la palabra en que quería hacer hincapié. Cuando se le aclaró la confusión, aceptó el plato sin entusiasmo alguno, limitándose a decir: «¡Ah!».

Mi acercamiento al arte biográfico es el mismo que cuando escribí mi primer libro. Dije entonces que la misión del biógrafo no era sacar conclusiones, sino exponer al sujeto escogido a los ojos tranquilos del lector con claridad meridiana. Tras escribir por primera vez sobre un escritor me han entrado muchas dudas acerca del concepto de que a un creador artístico se le supone la capacidad de explicarse a sí mismo. Cualquiera que haya escrito de manera imaginativa sabrá que el proceso sigue siendo un misterio, incluso para el autor, por mucho que intentes desentrañarlo. Caso de estar vivo, ¿sería capaz Conrad de explicar qué quería decir exacta-

 www.elboomeran.com

mente Kurtz con lo de «¡El horror! ¡El horror!»? La mejor escritura sólo puede ser examinada por sus efectos. A veces, un crítico o un biógrafo puede ver cosas que al autor se le escapan. En su discurso del Nobel, V. S. Naipaul dijo que la biografía de un escritor nunca puede revelar por completo el origen de sus libros. «Todos los detalles de la vida, las peculiaridades y las amistades, pueden ser expuestos ante nosotros, pero el misterio de la escritura se conservará. No importa el amasijo de documentación; por fascinante que sea, no podrá desvelarlo. La biografía de un escritor –e incluso su autobiografía– siempre quedará incompleta.»[13] Yo aún diría más: una biografía nunca puede revelar del todo las fuentes del sujeto estudiado. Ese lugar común según el cual un biógrafo encuentra la "clave" de la vida de una persona –por lo general, algo tan arbitrario como la muerte de un hermano o un cambio de domicilio– resulta escasamente plausible. Las personas son demasiado complicadas o incoherentes para eso. Lo máximo a lo que puede aspirar un biógrafo es a arrojar luz sobre algunos aspectos de una vida y a tratar de ofrecer atisbos del biografiado, consiguiendo así explicar una historia.

Patrick French

Londres, diciembre de 2007

www.elboomeran.com

Primera parte

www.elboomeran.com

1. El Nuevo Mundo

LAS ISLAS DEL CARIBE están desperdigadas por el mar, uniendo mundos diferentes. Centroamérica se une a los hemisferios norte y sur. Te lleva hacia arriba, atravesando Colombia, Panamá y Nicaragua, por la ruta terrestre hasta llegar a México; o hacia abajo, a través de los bajíos atlánticos, de Florida a las Bahamas, bordeando Cuba y Jamaica, dejando atrás Haití, la República Dominicana y Puerto Rico, hasta que te topas con el amplio arco de islas conocido como las Antillas Menores, cuya distancia entre algunas de ellas es de escasos kilómetros: Anguilla, Saint Marteen, Guadalupe, Santa Lucía, Martinica, Granada. En la punta de la cadena se extiende una isla más grande que, de forma submarina o geológica, forma parte de la tierra firme sudamericana. Es casi cuadrada y en su esquina suroeste hay un promontorio chato que apunta hacia Venezuela: se trata de Trinidad.

En el verano de 1498, tres barcos se acercaron a las costas de la isla.[1] Los hombres que iban a bordo estaban exhaustos y quemados por el sol. Sobrevivían a base de frutos secos, cerdo en salmuera y galletas de mar. Su provisión de agua era escasa. Les dirigía un viajero de cabello blanco llamado Cristóbal Colón, que estaba enfermo y tenía el cuerpo inflamado y los ojos sanguinolentos. Se trataba del tercer viaje de Colón en busca de Asia y su futuro dependía de él. Unos meses antes, Vasco de Gama había llegado a Calicut, abriendo para Europa la ruta marina hacia la India. Famoso por su agudo sentido del olfato, Colón debió absorber la exube-

 www.elboomeran.com

rante y ubérrima vegetación de la isla, con su clima agradable, húmedo y tropical, sus bosques de bambú y árboles madereros, sus espectaculares pájaros (como el papagayo de pico plateado), sus ríos, sus cascadas y su inmensa variedad de caimanes, serpientes y bestias tales como el armadillo de nueve franjas. No había cultivos de cacao, ni plantaciones de caña de azúcar ni árboles del fruto del pan: aún faltaba tiempo para que el capitán Bligh trajera todo eso de Tahití. Los únicos habitantes eran unas familias de amerindios que ejercían de granjeros y pescadores varios siglos después de que sus antepasados atravesaran el mar a remo, procedentes del delta del río Orinoco.

Al ver tres cordilleras montañosas atravesando la isla, Colón bautizó el lugar como Isla de la Trinidad: una manera muy cristiana de rendir homenaje a la Santísima Trinidad. Ese mismo día, algo más tarde, sus marineros pisaron tierra firme en la costa sur para hacerse con agua fresca: así fue el primer contacto. A lo largo de las siguientes semanas navegaron por aguas vecinas y se convirtieron en los primeros europeos que vieron el continente sudamericano, el fresco y verde pecho del Nuevo Mundo. Mientras recorría la enorme boca del río Orinoco, Colón sospechaba que más que hallarse en otra isla, rozaba el extremo de un continente. Con la salud maltrecha hizo que sus barcos pusieran proa hacia el norte, atravesando la extensión de agua que había entre Trinidad y tierra firme –el golfo de Paria–, hasta llegar a la isla Margarita.

El nacimiento del siglo XVI llevó a la isla de Trinidad aventureros que esclavizaron a los indígenas amerindios y los enviaron a trabajar a las colonias españolas de ultramar. El viejo mundo desapareció: la tierra fue robada, se crearon nuevos asentamientos. Ingleses, holandeses, franceses y españoles se enzarzaron en batallas por la supremacía en las islas de las Indias Occidentales. Utilizando las formalidades legales de la época, los jefes locales perdieron su herencia y su poder. *Sir* Walter Raleigh, facineroso inglés que asaltó Trinidad en 1595, encontró a cinco hombres desesperados y despo-

 www.elboomeran.com

seídos en manos de los españoles: resultó que se trataba de «los últimos aborígenes que habían controlado la tierra, atados todos juntos con la misma cadena, chamuscados con grasa caliente de cerdo y molidos a palos».[2]

Casi tres siglos después de la aparición de Colón, Trinidad apenas había sido colonizada. Hacia 1783 contaba con 126 blancos, 259 liberados de color, 310 esclavos africanos y 2.032 amerindios.[3] Para fomentar los asentamientos, el rey Carlos III de España ofreció tierras y dispensas de impuestos. Católicos de origen francés se trasladaron desde islas vecinas, en compañía de sus esclavos, y empezaron a cultivar cacao, tabaco, algodón y azúcar. Hacia 1797, cuando los españoles entregaron Trinidad a los británicos durante las Guerras Revolucionarias francesas, la población había casi alcanzado la cifra de 18.000. Durante el siglo XIX se produjo un alud de inmigrantes, y en 1900 ya había unos 300.000 habitantes. A diferencia de la mayor parte de islas de las Indias Occidentales, la gente de Trinidad procedía de muchos lugares distintos: había africanos que hablaban francés criollo o yoruba, marineros y aprendices chinos, venezolanos, trabajadores alemanes y franceses, sirios y libaneses con negocios familiares, vagabundos de Granada y las Barbados, amerindios residuales, visitantes de Madeira, veteranos negros desmovilizados del ejército británico, granjeros que hablaban portugués o español y cuyo origen étnico era impreciso y esclavos liberados de los Estados Unidos. La mayoría de islas del Caribe resultaban homogéneas en comparación, con sus latifundistas blancos y sus esclavos negros, pero Trinidad era, desde un punto de vista étnico, un lugar único y complejo. Incluso los nombres de los sitios eran de lo más plural: amerindios (Chaguanas), españoles (San Fernando), franceses (Sans Souci) y británicos (Poole).

Cuando la esclavitud fue abolida oficialmente en todo el imperio británico en 1834 y se necesitó mano de obra barata para las plantaciones de caña de azúcar, indios desnutridos fueron enviados desde Calcuta y Madrás. Mientras los blancos de las plantacio-

 www.elboomeran.com

nes de las Indias Occidentales se habían hecho ricos con la caña de azúcar, sus primos de la India habían amasado fortunas con los beneficios de la tierra; y muchas casas bonitas se erigieron en la campiña inglesa. La India del Norte, bajo control británico, estaba trufada de campesinos sin tierra y sin ningún sitio al que ir. Un viaje a través del océano y un trabajo mínimamente remunerado constituían una alternativa a la miseria. En Trinidad, los indios orientales recién llegados desconfiaban de la sociedad extraña a la que habían ido a parar. Temían a la mayoría negra de la isla: los negros parecían más fuertes físicamente, tenían malos modales y su piel oscura les recordaba a las castas más bajas del hinduismo. Los negros, por su parte, consideraban a esos indios orientales unos paganazos de extrañas costumbres que no se trataban con nadie, mantenían una relación de lo más mezquina con el dinero, cocinaban cosas muy raras y se mostraban serviles con los propietarios de la plantación. Los trabajadores agrícolas de raza negra descubrieron que los indios cobraban menos que ellos. Así pues, se dedicaron a mirarlos por encima del hombro; y como echaban horas y horas en los campos de azúcar, los bautizaron como "los nuevos esclavos".

NAVIDAD DE 1894: imaginemos la isla tropical de Trinidad con sus arenosas playas, exuberantes cocoteros, saltarines monos aulladores y manglares de agua fresca salpimentados de hibiscos escarlata. Un navío se acerca a la isla Nelson, un islote de piedra caliza que domina la capital, Puerto España. Los pasajeros que han sobrevivido a la travesía de tres meses desde Calcuta son trasladados a barcas de remo. Rápidamente, el centro de acogida se llena de hombres, mujeres y niños cuyos nombres se apuntan en un libro bajo la supervisión de un funcionario del Gobierno, el Protector de los Inmigrantes. Se fumigan sus posesiones. Se les aloja, sin distinción de sexos, en un enorme cobertizo con catres de madera llenos de paja e infestados de mosquitos e insectos de la arena. La mayoría son hindúes

 www.elboomeran.com

obligados a emigrar por el hambre, por las deudas o por algún engaño. Todos están sumidos en la desesperación. Ni siquiera saben a donde han llegado; todo lo que conocen es el nombre del cálido lugar al que han sido enviados, que en hindi se pronuncia "Chinitat". Muy pronto aparecerá el supervisor de una plantación y les contratará como trabajadores a destajo, o *coolies.* El *Manual de Trinidad y Tobago* sostiene que para visitar la colonia: «No se necesitan complicadas vestimentas tropicales... En el caso de las señoras, pueden llevar durante todo el año la misma ropa que lucirían durante un caluroso verano inglés».[4] Fotografías de esos recién llegados de la India los muestran vestidos prácticamente con harapos: los hombres llevan un *kurta,* un *dhoti* y un turbante liviano; las mujeres, un sari con el *pallu,* o cola, envolviendo la cabeza en señal de modestia. Esos inmigrantes flacuchos y arruinados que apenas poseen nada sólo pueden haber hecho el viaje hasta Trinidad en condición de último recurso.[5]

Uno de ellos –cuyo nombre consta como Kopil– es un brahmán y procede de una buena familia de una aldea cercana a Gorakhpur, en la frontera entre la India y Nepal. Ha mentido con respecto a sus orígenes porque quien le reclutó en la India le dijo que igual no lo aceptaban como trabajador si admitía pertenecer a una casta elevada. Durante trece generaciones, la familia de Kopil ha controlado el destino religioso de sus vecinos, leyendo textos en sánscrito y sermoneando sobre asuntos espirituales a todos aquellos en busca de iluminación. Como quería estudiar, Kopil se había trasladado al sur, a Benares, la ciudad sagrada hindú situada a las orillas del Ganges, y allí conoció a un reclutador que le contó historias del Caribe y cómo en ese lejano lugar recibiría una moneda de oro diario como recompensa por recoger azúcar. Si Kopil se decidía a emigrar, hasta tendría que hacerse con un resistente cinturón en el que almacenar las monedas de oro. Finalmente es conducido a un almacén en Calcuta y llevado a bordo del *Hereford.* Enseguida percibe que es distinto de los demás inmigrantes. En el barco le

 www.elboomeran.com

dan un trozo de carne para comer. Aunque el viaje es terrible –cuarenta personas mueren a causa del cólera y sus cadáveres son lanzados por la borda–, Kopil pasa hambre durante dos días, horrorizado ante la contaminación que supone la carne de vacuno, hasta que interviene el médico y consigue que le den una ración diaria de patatas crudas y arroz, que él mismo cocina.

Kopil llega a una isla muy lejana del vasto país y de la antigua civilización que ha dejado atrás. Para su desgracia, acaba trabajando en Woodford Lodge, Chiguanas, una posesión del centro de Trinidad con un régimen especialmente severo. Cada mañana, y a fin de mantener su identidad de casta, coloca su propio puchero de *khitchri* –arroz con lentejas especiadas– en un horno de tierra antes de ir a trabajar. A Kopil lo asignan a la brigada de la pala, que se dedica a cavar y plantar. No lo resiste. Lo colocan en la brigada de las bodas con las mujeres y los niños, y algo después lo hacen responsable de la limpieza de excrementos en los establos, un trabajo de barrendero. Su salud se deteriora. Tiene veintiún años, está solo, es una minoría dentro de otra minoría en el lugar más fragmentado de la Tierra. De repente, por casualidad, un indio que es *sirdar* (conductor o supervisor) descubre que es un brahmán y que sabe leer sánscrito. Puede que Kopil sirva para algo, pues sabe leer las escrituras. El *sirdar,* un bengalí llamado Govinda, tiene una hija de quince años, Soogee. Se arregla un matrimonio y Kopil se salva de la extinción. Govinda "libera" a Kopil –pagándole una tarifa al Gobierno para que le rescindan el contrato– y lo instala en una casita cerca de la iglesia católica de Chaguanas. Allí, en compañía de Soogee, regentará para su suegro una tienda con todo tipo de productos.

La tienda va bien. Pasan las décadas. Kopil se pone un nombre que suena la mar de bien: Capildeo Maharaj. Vuelve a ejercer de erudito, explicando los textos sagrados y los deberes del creyente en servicios improvisados o dirigiendo *pujas,* o ceremonias. A veces se lleva a su parroquia de peregrinación al mar para tomar baños religiosos, sustituyendo el Ganges por el Atlántico. Tiene con Soogee

 www.elboomeran.com

nueve hijas y dos hijos, pero pasa mucho tiempo a solas, leyendo las escrituras y meditando. Es consciente de su estatus: en cierta ocasión, cuando un santón analfabeto intenta cooficiar con él en una boda, Kopil hace que lo expulsen. Capildeo Maharaj es también un buen negociante que empieza a practicar el comercio tras un viaje a la India. Adquiere tierras en Chaguanas y contrata operarios para cultivar arroz, guisantes y *eddoes,* una raíz comestible. Soogee le convence para enviar a sus hijos, tanto a los niños como a las niñas, a una escuela local dirigida por misioneros canadienses, a pesar de la desconfianza de su marido hacia el cristianismo. De cara a mostrar su nueva riqueza, Capildeo Maharaj encarga un grueso collar de oro para su hijo Simbhoonath y erige una sólida casa blanca, en la calle mayor de Chaguanas, con gruesas paredes y columnas en la parte frontal, cerca de la estación del ferrocarril, la comisaría de policía y los juzgados. La mansión tiene una fachada opaca que impide ver a quienes pasen por delante. El diseño está inspirado en un edificio que él recuerda de Gorakhpur. La casa es bautizada como Anand Bhavan, o Morada de la Dicha, como la mansión familiar de los Nehru en Allahabad. En 1926, Capildeo Maharaj parte hacia la India con el fin de organizar unas vacaciones familiares. Mientras regresa a su aldea ancestral sufre unos dolores de estómago que le acaban causando la muerte.

Poco después, a Seepersad Naipail, un brahmán de veintidós años de familia pobre, le encargan que pinte un letrero en la tienda de la planta baja de Anand Bhavan. El aspecto de la chica de dieciséis años que está detrás del mostrador le complace. Sin darse cuenta de que la tal Droapatie Capildeo es la hija de los dueños, le pasa una notita. La cosa se descubre, interviene la temible Soogee y el 28 de marzo de 1929 Seepersad y Droapatie se casan en el despacho del intendente en Chaguanas.[6] Un año después, tienen una hija, Kamla, y el 17 de agosto de 1932 viene al mundo su hijo Vidyadhar. Le ponen ese nombre en honor de un rey Chandela, cuya dinastía construyó los magníficos templos hindúes de Kharujaho, al norte

 www.elboomeran.com

del país. Su nombre significa "el que imparte sabiduría". A principios del siglo XI, el rey Vidyadhar luchó contra Mahmud de Ghazni, el primer invasor musulmán de la India. Era un nombre muy adecuado para el muchacho. Años después, cuando ya era V. S. Naipaul, diría: «Es un nombre rutilante, un nombre muy especial... Por eso me encantaba. Creo que se esperaban grandes cosas de mí».[7]

¿CUÁNTO HAY DE REAL en esa historia personal de Capildeo convertida en épica familiar? ¿Tan fácil lo habría tenido el reclutador para engañar a ese hombrecillo astuto? ¿Seguro que sus antepasados eran reverenciados en el pueblo como eruditos? ¿De verdad eran brahmanes? El nombre Capildeo suena a una versión dialectal de Kapil Dev (se supone que el hombre hablaba en bhojpuri, un idioma similar al hindi que se utilizaba por la zona de Gorakhpur). Es un nombre que no revela nada relativo a castas, y no hay duda de que el sufijo Maharaj era falso. ¿Cómo habría podido dedicarse a cocinar arroz y patatas a bordo de un barco, con lo estrictas que eran las normas de prevención de incendios? ¿Por qué le impresionaba tanto a Govinda que Capildeo fuese un brahmán capaz de leer sánscrito, cuando él era un converso al catolicismo? ¿Es posible que el matrimonio con Soogee fuese básicamente un acuerdo práctico, un simple reconocimiento de las habilidades de Capildeo para los negocios? ¿De verdad estaba planificando unas vacaciones familiares en la India cuando murió? Poco antes de partir había hipotecado la mayoría de sus tierras y abandonado a Soogee y a los niños; en el viaje le acompañaba otra mujer, Jussodra, que era la esposa de un hombre llamado Phagoo. ¿Era una elaboración sobre la realidad la historia que Seepersad Naipaul le contó a su familia al respecto de su cortejo accidental (y que su hijo Vidyadhar convertiría un día en ficción en *Una casa para el señor Biswas)*?

La obsesión imperial británica con los archivos y la taxonomía lleva a fijar algunos hechos relativos a Capildeo Maharaj. Un hom-

 www.elboomeran.com

bre llamado Kopil llegó a Trinidad en 1894 a bordo del *Hereford* y fue contratado como *coolie* en las posesiones de Woodford Lodge. Alguien pagó para sacarle de ahí. Se ganó una reputación de erudito y fue miembro del Congreso Nacional de las Indias Orientales, precaria organización inspirada por el auge de los nacionalismos en la India.[8] En 1913 aparece en el certificado de nacimiento de su hija Droapatie como «Capildoe Maraje, sacerdote hindú».[9] Él o su mujer, Soogee, poseían terrenos dedicados a la agricultura en la zona de Chaguanas. Sorprendentemente, se conservan algunas frases pronunciadas por Capildeo en inglés criollo y grabadas por un miembro de su congregación, un hombre llamado Shiva: «Shiva, así como un hombre tiene una madre propia, también ha de tener una tierra propia. Si careces de tierra y de hogar, no eres un hombre».[10] Este razonamiento podría haber sido pronunciado, en correcto inglés, por el señor Biswas.

En una sociedad en la que todo el mundo ha perdido sus raíces y se puede inventar el propio pasado, son muchas las cosas que devienen inestables. Aun así, es posible conjurar alguna imagen del mundo en que vivían Capildeo y los otros tres abuelos de Vidyadhar. Durante milenios, el sistema de castas le había otorgado una determinada estructura a la sociedad india. Se basaba en la idea hindú del *karma*, según la cual los actos de vidas pasadas determinaban el estatus presente de alguien. Los eruditos, brahmanes con estudios y conocedores de la tradición sánscrita de enseñanza, llevaban a cabo tareas rituales en vistas a salvaguardar el orden social. En sus mejores matices, el sistema de castas otorgaba un sentido de identidad y comunidad; en los peores, condenaba a las personas a una vida degradada, basada en una posición social heredada, y aportaba una excusa para la crueldad inhumana. Las clasificaciones británicas de los habitantes de la India en el siglo XVIII otorgaban rigidez a un concepto tan antiguo como flexible. Las principales categorías –brahmanes (sacerdotes, intelectuales), *kshatriyas* (guerreros, líderes), *basillas* (comerciantes), *shudras* (trabajadores) e in-

 www.elboomeran.com

tocables (desclasados)– disfrazaban el flujo entre regiones, siglos y subcastas. Las variantes culturales locales, centradas, por ejemplo, en una deidad particular, parecían formar parte ahora de una filosofía más amplia y más plural llamada hinduismo. El sistema de castas, por otra parte, no era un fenómeno exclusivamente hindú: musulmanes indios, sijs y cristianos también acabaron utilizándolo como una forma de estratificación social.

Los primeros inmigrantes indios contratados llegaron a Puerto España en 1845. No se les apreciaba en lo más mínimo: un concejal criollo organizó una protesta contra «esos paganos inmorales», aduciendo que serían una carga para el contribuyente y podrían desmotivar a la emigración negra de las islas vecinas y de los Estados Unidos.[11] El superintendente de las prisiones de Trinidad dejó escrito que muchos «*coolies*» eran culpables de «grosera idolatría» y de crueldad hacia sus mujeres: «Por regla general, cuentan con pocas cualidades, y son infieles, carentes de principios, inmorales, perezosos y dados a la holganza... Tienen costumbres sucias y conceden escasa importancia a la vestimenta».[12] En su condición de colonia subdesarrollada dedicada a la plantación, la isla necesitaba mano de obra para que su industria azucarera sobreviviera. Tras la emancipación, los esclavos africanos se habían trasladado a las poblaciones, reciclándose como comerciantes, estibadores y sirvientes domésticos.

Muchos de los indios contratados procedían de zonas del norte de la India que habían sufrido hambrunas, sequías o conflictos sociales, como era el caso de Bihar, Punjab y las Provincias Unidas (Awadh). La difusión de productos europeos y los cambios en la posesión de tierras acaecidos tras la decadencia del imperio Mughal llevaron a trabajadores agrarios, tejedores y ceramistas a la ruina, especialmente en las llanuras del Ganges. En esos tiempos de incertidumbre, la afiliación a una casta se convirtió en una manera de asegurarse un puesto de trabajo. Tras su participación en el motín de 1857, los brahmanes empezaron a ser considerados por los bri-

 www.elboomeran.com

tánicos como astutos pero perniciosos, así como menos maleables que otros grupos.[13] En la época en que Capildeo fue reclutado, cerca del 15% de los inmigrantes procedían de castas altas (brahmán, *thakur*, *rajput* y *khatri*), el 34% venía de castas dedicadas al cultivo o a la artesanía, el 37% pertenecía a castas inferiores o venidas a menos y el 14% era de origen musulmán.[14] Fuera cual fuese el entorno de cualquier persona, la emigración a ultramar nunca era una decisión agradable: significaría el fin de la vida de pueblo o de comunidad, la posibilidad de morir durante una travesía de tres o cuatro meses, y la teórica pérdida de la propia casta al cruzar las *kala pani*, o aguas negras.

El reclutador pasaba por aldeas pobres buscando gente sin futuro: muchos reclutas aseguraban haber sido forzados o drogados. Se les transportaba a pie o en tren hasta la capital, Calcuta, donde eran vendidos a un subagente, que a menudo era un tendero musulmán o judío. Esas víctimas de la leva eran amontonadas en un almacén de altos muros junto al río Hooghly, donde se les alimentaba, se les practicaba un examen médico en busca de posibles enfermedades y se les daba ropa y un gorrito rojo de lana para el viaje por mar. A menudo no se entendían entre ellos: quienes hablaban marathi, kashmiri, telegu o punjabi carecían de una lengua común. La mayoría de las mujeres solteras que decidían emigrar eran reclutadas más en zonas urbanas que en pueblos, y en muchos casos, ya habían huido previamente de casa o de un mal marido, o habían sido expulsadas por alguna trasgresión social y trataban de evitar la prostitución. En el puerto de Calcuta, algún funcionario del registro, por lo general un magistrado primerizo, apuntaba el nombre del inmigrante, así como el sexo, la casta, el lugar de origen y la ocupación. Era una formalidad llamada a tener mucha importancia: ese nombre, escrito probablemente por primera vez en alfabeto occidental, aportaría un distintivo a sus descendientes. Cada inmigrante firmaba un documento, o estampaba el pulgar en él, en el que aceptaba ser contratado. Sus nombres iban siendo escritos a

 www.elboomeran.com

medida que eran pronunciados, y como no existía una grafía universalmente aceptada para transcribir los nombres indios, el deletreo podía indicar la pronunciación regional de quien hablaba o la ignorancia del funcionario del registro. Cualquiera que sepa algo de nombres indios encontrará estas transcripciones tan extrañas como sometidas a una deriva anglicista: de esta manera (parte de lo que sigue es mera suposición), Lutchman había sido Laxman; Beharry, Bihari; Gopaul, Gomal; Permanand, Prem Anand; Teeluck, Tilak; Ramkisoon, Ram Krishna; Sammy, Swami; Gobin, Govinda; Capildeo, Kapil Dev, y Seepersad, Shiv Parshad o Shiv Prasad.

La vida a bordo del navío de tres palos consistía en cien días de tormento. Dejando atrás todo lo conocido, la primera oleada de esta moderna diáspora india atravesó la bahía de Bengala, esquivando las procelosas aguas del cabo de Buena Esperanza, rebasando Santa Elena y enfilando las Indias Occidentales a través de los Doldrums. Cientos de pasajeros podían morir en un solo trayecto a causa de una enfermedad contagiosa. Vivían bajo cubierta, en tres compartimentos –hombres, mujeres y parejas–, iluminados por lámparas de aceite de coco, y de día se les permitía salir al exterior para caminar, luchar o enzarzarse en peleas con palos. El castigo habitual para la desobediencia consistía en ser apaleado. La disciplina era mantenida por el superintendente médico, un funcionario británico que también era el responsable de procurar alimentos, proteger la salud de los pasajeros y cerciorarse de que los marineros, la mayoría de los cuales eran indios, no les molestaran. El superintendente médico recibía un dinerito por cada inmigrante que llegaba vivo a su destino, y tenía que rendir cuentas al Protector de los Inmigrantes.[15] En la plantación, los *coolies* empezaban a trabajar a las seis de la mañana, paraban para desayunar a las diez y media y seguían trabajando hasta las cuatro de la tarde. Se les pagaba un precio acordado de entre dos y cuatro chelines semanales. En la finca de Woodford Lodge cortaban caña de azúcar de forma tan contundente como brutal, la transportaban a la refinería en carros tirados

 www.elboomeran.com

por bueyes y llevaban barriles de azúcar en gabarra hasta la carretera. La ausencia de mujeres durante los primeros tiempos de estos trabajos forzados propició las peleas entre hombres, en las que a menudo se tiraba de navaja, y la violencia de género de origen etílico –incluyendo el asesinato– acabó siendo identificada como un rasgo del carácter indio. La vida cotidiana estaba controlada por el *sirdar*, que solía ser una figura físicamente imponente que hablaba un poco de inglés y hacía doblete como prestamista. Los barracones tenían separaciones de madera: se suponía que una habitación de tres por cuatro metros bastaba para alojar a un matrimonio con hijos. Se cocinaba en el exterior. La plantación era un mundo discreto, sin vida privada ni independencia. Alejarse más de cuatro kilómetros de la zona que te habían asignado era un delito punible con penas de cárcel. El Gobierno indio se quedaba con un dinero por el cuidado de los trabajadores contratados, y el Protector de los Inmigrantes elaboraba un informe anual sobre sus condiciones de vida. Aunque se suponía que éste debía proteger sus intereses, los legajos judiciales demuestran que la lealtad del protector iba dirigida a los plantadores, especialmente en lo que hacía referencia a la brutalidad con que se aplicaba la disciplina en las fincas.[16]

La contratación se diferenciaba de la, en teoría, difunta trata de esclavos africanos en varios aspectos vitales. Se suponía que era voluntaria y limitada en el tiempo: tras un período de entre cinco y diez años, al recluta se le otorgaría un pequeño trozo de tierra o un pasaje de regreso a la India. Las familias permanecían unidas, dato de importancia crucial: según una ordenanza del Gobierno indio, no se les permitía disgregarse al desembarcar. Esta medida otorgó a los indios una ventaja histórica sobre los habitantes de Trinidad de origen africano. El énfasis que la cultura india pone en la fuerza de la familia y los lazos de casta les permitió mantener un sentido de comunidad y reproducirlo lejos de casa. Cuando expiraba su período de contratación, muchos indios preferían quedarse en Trinidad y hacerse con un pedazo de tierra, aunque fuera pantanosa. Trabaja-

 www.elboomeran.com

ban la tierra y cultivaban arroz, caña de azúcar y cocos; unos tenían vacas, otros vendían leche. Un testigo de la Comisión Real de 1897 dijo que la ambición de los indios en Trinidad consistía en: «comprar una vaca, luego una tienda y poder decir: "No somos como los negros de los campos de caña"».[17] El administrador de las fincas de la familia Tennant se quejaba de que cualquier empleado indio al que se le acabara el contrato buscase trabajo donde mayor fuera la remuneración: «no te puedes fiar de él de la misma manera que de un trabajador bajo contrato».[18]

Cuando Capildeo Maharaj zarpó para Trinidad en 1894, la ley británica tenía menos de cien años de vida y la reina Victoria, emperatriz de la India, se acercaba al final de su reinado. Según la pulcra prosa del *Manual de Trinidad y Tobago*: «la colonia carece de un gobierno responsable. La ley la administra un gobernador asesorado por un Consejo Ejecutivo, que consiste en tres miembros *ex officio* y algunos más de ese jaez que son nombrados de vez en cuando por el gobernador».[19] De la seguridad se encargaban dos cuerpos paramilitares, la Policía de Trinidad y la Brigada Ligera de Trinidad, compuestas por encargados y *sirdars* de las tierras de labor. J. H. Collens, supervisor escolar británico que publicó *Una guía de Trinidad,* escribió que: «el *coolie* tiene buen aspecto y unos rasgos normales, es ágil aunque no excesivamente musculoso y posee una considerable capacidad de aguante. Es frugal y ahorrativo en exceso, capaz de mantenerse con la dieta más espartana. A menudo se niega a sí mismo lo necesario, incluso a la hora de disponer de su paga, por el mero placer de acaparar».[20] Este énfasis en planificar el futuro fue contrastado por algunos escritores coloniales con la tradición negra de vivir al día. Hay que destacar que en 1889, un año después de que Collens publicara su guía de Trinidad, 12.549 ahorradores indios habían depositado entre todos cerca de 250.000 libras en bancos locales.[21]

Poco antes de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno indio encargó un informe sobre las condiciones de vida de los trabajadores

 www.elboomeran.com

contratados en Trinidad, la Guayana británica, Jamaica y Fiji. Así se descubrió que los barracones estaban hechos de madera, con tejados de hierro ondulado, y que la única agua potable era la lluvia que se recogía en barriles. Había escasez de letrinas y la gente tenía que defecar en los campos cercanos. En la Trinidad rural abundaban las enfermedades, en especial el anquilostoma, la malaria, la disentería y las infecciones cutáneas.[22] En la India se registraba una oposición creciente a la contratación por parte de Mohandas Gandhi y otros. En un discurso ante el Congreso Nacional Indio, el político nacionalista G. K. Gokhale observó que el trabajo contratado había sido prohibido en todas partes, y preguntó: «¿Por qué debería destacar la India en esta degradación?».[23] En 1917, tras enviar a 144.000 personas a Trinidad, el Gobierno indio acabó con el sistema de contratación. Se produjeron tensiones étnicas porque los descendientes de los primeros inmigrantes se habían situado económica y políticamente. Soldados negros habían regresado a Trinidad después de la Primera Guerra Mundial, animados por la Asociación Universal para el Progreso de los Negros, fundada por el activista y separatista racial jamaicano Marcus Garvey, y a los indios les emocionaba el movimiento de Gandhi por la libertad. A partir de 1925 hubo algunos cargos electos en el Consejo Legislativo de Trinidad.

Cuando Vidyadhar nació, la población de Trinidad estaba ligeramente por encima de las 400.000 personas, de las cuales una tercera parte eran indios, empleados como braceros, comerciantes, vendedores de alcohol, dependientes y tenderos. Había pocos abogados, maestros o funcionarios gubernamentales. La tasa india de defunciones y nacimientos era mucho más alta que la de cualquier otro grupo social. A diferencia de los inmigrantes chinos, los indios no se casaban con gente de otras etnias. El número de "criollos indios" –es decir, personas con un progenitor indio– era minúsculo fuera de Puerto España. El índice de alfabetización en Trinidad rondaba el 57% y estaba bastante nivelado entre hombres y mujeres; entre

 www.elboomeran.com

los indios, ese índice se reducía a un lamentable 23%; y entre las mujeres de esa comunidad, la cosa se reducía hasta el 13%. Sólo los conversos al cristianismo mostraban un nivel semejante de alfabetización, gracias a una misión presbiteriana canadiense cuyo objetivo consistía en «cristianizar y educar» a los indios de Trinidad.[24] En las leyendas populares de la Trinidad de los años treinta, a los indios se les presentaba como pobres, mezquinos, catetos, paganos, agresivos, exclusivistas étnicos y analfabetos. Así era el duro mundo al que llegó Vidyadhar Naipaul.

www.elboomeran.com

2. En la Casa del León

LOS PRIMEROS RECUERDOS de Vidyadhar eran coloristas, volátiles y posiblemente imaginados: el uniforme malva de una enfermera negra en el hospital colonial de Puerto España mientras se recuperaba de una neumonía a los dos años; su mano extendida ante una lámpara de aceite, junto a sus jóvenes primos, para convertir la carne sólida en transparente a la luz; un paseo con su madre por las afueras de Anand Bhavan en el que vio a unos pollos en un corral, los señaló y, con la pronunciación deficiente de su corta edad, dijo: «¡Mamá, pillos!» ¿Dónde vivió de pequeño, si es que vivió en algún lado? Después de casarse, sus padres se habían trasladado a la ciudad comercial de Tunapuna, donde su progenitor trabajaba como pintor de carteles. Sí, había una choza tras la tienda de su padre en Chase Village, pero apenas se la podía considerar un hogar. La solidez la aportaba Anand Bhavan, su lugar de nacimiento, conocido entre la familia como «La Casa del León», a causa de las estatuillas en forma de ese animal que había en la balconada frontal. Desde la muerte del patriarca Capildeo Maharaj, Soogee había convertido esa casa en una base para sus nueve hijas –más los maridos e hijos de éstas– y sus dos hijos, Simbhoonath y Rudranath, de los que se esperaban grandes logros. Vidyadhar recordaba los traslados entre la tienda de Chase Village y la Casa del León en Chaguanas, de pie en la cuneta junto a su hermana Kamla y prestando atención al sonido de un autobús, tratando de deducir si iba o venía.